

LOS HILOS QUE ME ENREDAN: FEMINISMOS, EDUCACIÓN AMBIENTAL Y ARTESANÍA

Lissette Torres¹

Narjara Mendes Garcia²

Resumen:

Presentamos en este artículo algunas de las principales apreciaciones resultantes de dos entrevistas realizadas a manera de piloto, con dos mujeres escogidas arbitrariamente –debido a la admiración que despiertan. El objetivo principal es entrelazar una serie de cuestionamientos en torno a temáticas relacionadas al tejido en *mullo*, feminismos y Educación Ambiental – dejando intencionalmente fuera conceptos acabados que los definan–, con la idea de que será posible encontrarlos entramados a lo largo de todo el texto. Finalmente, planteamos algunas invitaciones y provocaciones.

Palabras clave: tejido en *mullo*; Educación Ambiental; feminismos; privilegios; artesanía.

Resumo:

Apresentamos neste artigo algumas das principais ideias resultantes de duas entrevistas conduzidas em formato piloto com duas mulheres escolhidas arbitrariamente – justificada pela admiração que despertam. O objetivo principal é o de entrelaçar uma série de questões em torno de temas relacionados ao ato de tecer com miçangas, feminismos e Educação Ambiental, omitindo intencionalmente conceitos acabados que os definem, razão esta fundada no fato de que é possível encontrá-los entrelaçados ao longo do texto. Por fim, propomos alguns convites e provocações.

Palavras-chave: tecido com miçanga; Educação Ambiental; feminismos; privilégios; artesanato.

Abstract:

In this article, we present some of the main ideas resulting from two interviews conducted in a pilot format with two arbitrarily chosen women – justified by the admiration they arouse. The

¹ Sou equatoriana, mulher, mestiza e artesã. Sou também, Médica Veterinária e Zootecnista, pela Universidade de Cuenca, Ecuador (2012). Fui bolsista pela SENESCYT, na "Convocatoria Abierta 2013, Primera Fase" e estudei o Mestrado em Gestão e Planificação Ambiental na Universidade de Chile, Santiago de Chile, obtendo o título de Magister em 2016. Nesse 2022, através de uma bolsa otorgada pelo convênio OEA/Coimbra, me tornei doutora em Educação Ambiental, pela Universidade Federal do Rio Grande, FURG, Rio Grande-Brasil. Minha área de pesquisa é o artesanato indígena elaborado com miçanga. Instagram: https://www.instagram.com/jatunmama_ec/

² Graduação em Pedagogia- Educação Infantil. Mestre e Doutora em Educação Ambiental, pelo Programa de Pós Graduação em Educação Ambiental (FURG). Realizou Doutorado Sandwich na Universidade do Minho, em Braga, Portugal, como bolsista CNPq, e o Estágio Pós-Doutoral no Instituto Universitário de Lisboa, como bolsista CAPES. Professora Adjunta no Instituto de Educação da Universidade Federal do Rio Grande - FURG. Líder do Grupo de Pesquisa no CNPq Ecoinfâncias: Infâncias, Ambientes e Linguagens.

main objective is to intertwine a series of questions around themes related to the act of weaving with beads, feminisms and Environmental Education, intentionally omitting finished concepts that define them, reason based on the fact that it is possible to find them intertwined throughout the text. Finally, we propose some invitations and provocations.

Key words: woven with beads; Environmental Education; feminisms; privileges; handcrafts.



Tecido durante elaboração da tese doutoral

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo presenta una serie de cruzamientos entre la experiencia y sentimientos en torno al tejido en *mullo*³ -de la primera autora-, con los de dos mujeres escogidas intencionalmente para ser entrevistadas en encuentros denominados “piloto”. La guía y acompañamiento de la segunda autora -amiga y orientadora- está presente durante todo el proceso. La narrativa personal aparecerá en varios momentos pues en una temática que envuelve tantas emociones, es imposible dejarla de lado.

Para describir cada uno de los apartados que conforman este artículo, elegimos hacer referencia a las bases necesarias para tejer en *witral* (telar de la Nación Mapuche), con base en la experiencia de la primera autora. Pues, además de simbolizar metafóricamente la información que será presentada, fue el punto de inicio para el reconocimiento y aceptación de lo que implica ser artesana.

Al mencionar “elaborando la urdimbre”, lo hacemos como evocación a ese primer paso, a la base en la que se teje, pues es así que concebimos la importancia de la fundamentación teórica para adentrarnos en lo que será relatado. Cuando planteamos “eligiendo la trama”, pensamos en dar un espacio al inicio de la narrativa personal de la primera autora -que continuará desde ese momento hasta finalizar el artículo-. Estamos conscientes de que cada una de las elecciones que realizamos, tornas nuestras historias en únicas y consideramos que ese es el espacio que permitirá traer aportes desde el tejido en *mullo*, desde la experiencia que esa técnica y material representan.

Tenemos presente también que, pese a que sin una buena urdimbre no es posible tejer, sólo se elabora el tejido “pasando la trama” que elegimos. Entonces en ese apartado, decidimos además de presentar la metodología y a las artesanas que nos acompañaron en esos encuentros, ir cruzando las sensaciones y emociones que despertaron esos encuentros.

Tejer implica repetir continuamente varios pasos, permitiendo que sea más sencillo familiarizarse con el patrón, entenderlo y aprenderlo. Y, sin embargo, cuando

³ Palabra traducida del *kichwa* al español como “semilla”. En Ecuador denominamos como *mullo* al material utilizado para elaborar ese tipo de tejidos. En otros países se denomina: rocalla, abalorio, mostacilla, cuenta, *miçanga* (en Brasil), por citar algunos ejemplos.

no existe concentración ni comodidad al realizarlo, es muy posible que los “hilos se enreden”, que existan complicaciones. Es justamente por eso, que denominamos al apartado de resultados y discusión como tal. Muchos son los cuestionamientos que han causado indignación en este proceso, que no han permitido que descansar sea posible, que han quitado el sueño. Y, pese a que en este artículo no consideramos del todo necesario colocar definiciones como feminismos, Educación Ambiental y artesanía - pues las sentimos y pensamos aún como “inacabadas”- es en ese momento del texto en el que se discutirán esos hilos que atraviesan y que no son placenteros por disparar algunos sentimientos de irritación, causando enredos.

Es entonces que así, a través de este artículo de cuño cualitativo, compartimos entre otras cosas, algunas narrativas personales.

2. ELABORANDO LA URDIMBRE: Fundamentación teórica

Las referencias teóricas que están siendo abordadas en este artículo, se basan en las experiencias de las autoras con prácticas textiles -que utilizan como insumo principal las telas y consideran las diferentes formas de plasmar mensajes en ellas- y, pese a que ese no es el tipo de artesanía de las personas entrevistadas; traemos esos aportes que identifican a la primera autora desde su postura de tejedora en *mullo*. Intentamos así, crear un puente también con ese tipo de tejido y hermanarnos con las autoras, las artesanas, sintiendo sus palabras como nuestras. Nos representan y las compartimos.

Tejer nos permite comunicar y materializar lo que sentimos, entenderlo, pero también; apropiarnos de lo que queremos expresar y confiar en lo que enunciamos. Es un lenguaje y a la vez, un acto de posicionamiento político, -pese a ser considerado como una actividad que transcurre en soledad y silencio-. Fue pensado y creado para la mujer, como estrategia antigua de rescate de la memoria histórica de los pueblos. Desconoce de fronteras de tiempo y espacio. Los tejidos tienen objetivos diversos que van desde adorno, hasta ser considerados como transfusores de cuidado, empoderamiento, protección y abrigo -esto debido a que fueron designados como responsabilidad femenina-, pasando, además, por cuestiones políticas y/o de ritual (RIVERA-GARCÍA, 2017; SANTOS, 2008).

Elaborar manualmente tejidos -de cualquier tipo- es una actividad que requiere

de mucho tiempo, concentración y trabajo, esto facilitó que, por muchos años, la mujer estuviera confinada al espacio doméstico. Sin embargo, también permitió que se fortalezcan los lazos colectivos entre mujeres que se reunían a tejer juntas, lejos de los hombres, pudiendo compartir narrativas en un lenguaje que sólo ellas entendían en torno a esa actividad y con la autonomía que esto les proporcionaba (MACHADO, 2003). Así, aunque existan muchas formas de interpretar este lenguaje, desde contextos diferentes, “sólo puede ser comprendido y transmitido por quién lo experimenta a través del cuerpo” (RIVERA-GARCÍA, 2017, p. 138).

El tejido es uno de los múltiples tipos de artesanía y no es coincidencia que, esta última palabra pueda ser desdoblada, reconocida y sentida como el “arte de sanar” (REYES-RAMÍREZ, 2018). A través de él es posible curarse, conocerse, reconstruirse, pero además, unir grupos, consolidarlos y organizarlos, hermanarlos (RIVERA-GARCÍA, 2017), - como artesana en *mullo*, me encuentro totalmente de acuerdo con esas afirmaciones pues las he vivido-.

Y uno de los asuntos que más nos ha llamado la atención como investigadoras en este tiempo se ve contemplado en las preguntas que realiza (BELLO-TOCANCIPÁ, 2018): ¿qué es lo que le da la característica de “sanador” al tejer como actividad? ¿El movimiento del cuerpo? ¿La autoreflexión o el acto en sí? ¿La proyección emocional sobre lo que se teje? La autora se planteó estas preguntas a través de su trabajo que tiene como base, la gestión emocional involucrada en las prácticas textiles y que aborda al conflicto armado en Colombia.

La primera autora irá entonces -en torno a esos cuestionamientos y consciente de que sería desde su experiencia en tejido en *mullo*-, intentado responder esas preguntas a través de algunas sensaciones.

3. ESCOGIENDO LA TRAMA: narrativa de mi experiencia

Antes de profundizar en la temática, creo relevante mencionar la importancia que tiene enunciar el lugar desde el que se habla. Me parece algo básico para poder compartir -aunque mínimamente- de dónde vienen las ideas y sentimientos en los que

una persona se basa. Comienzo entonces presentándome: soy una mujer, ecuatoriana, mestiza -con todo el dolor histórico que esa palabra representa-, artesana en telar y *mullo*

Aprendí a tejer en *mullo* cuando tuve seis años, fueron mis vecinas las que compartieron sus conocimientos conmigo. Y, pese a que he abandonado esa actividad en varias etapas de mi vida, cuando la retomo, parece que no pasaron más que unos días.

Me siento intensamente bendecida con un conocimiento que ha viajado muchísimos años, a través de tantas y tantas generaciones. Que me ha encontrado pese a que, en mi familia, no exista una persona referente en ese tipo de tejido -me rodean tejedoras en crochet y palillo, además de bordadoras-. Considero al tejido en *mullo* un lenguaje, me apasiona y va más allá de mi manera de comunicar sentimientos individuales: me permite pensar, sentir y soñar colectivamente.

Soy también Médica Veterinaria Zootecnista y por motivos personales y afectivos, estoy en transición entre esa ciencia y la Educación Ambiental desde una vertiente que tiene como base la amorosidad - de la que me nutro a diario, mientras hago un doctorado-. Y pienso que es relevante mencionarlo, pues son muchas las carencias formativas que he ido notando en el transcurso de estos años y que deben ser reconocidas, una de ellas, la capacidad de aplicar metodologías cualitativas desde una escucha sensible.

Motivada en suplir esas ausencias -a través de las recomendaciones de mi orientadora y compañera de artículo-, decidí realizar un par de entrevistas piloto que me permitiesen conocer mejor las herramientas que utilizaría -además de ejercitar esa tan añorada escucha sensible y atenta- muy útiles para el desarrollo de mi tesis de doctorado, pero también, para el entendimiento de lo que sucede con otras tejedoras y conmigo misma. Elegí intencionalmente a mis entrevistadas -cerciorándome con mi orientadora de que eso podía ser posible-, por motivos que explicaré oportunamente y ahora -muchos meses después y habiendo procesado un poco mejor la situación en la que me colocó la pandemia de COVID-19- me propongo tejer algunas relaciones entre esas mujeres y mi narrativa.

Tuve pendiente reflexionar sobre esas aproximaciones hace mucho tiempo, sin

embargo, todo iba quedando para después. Para un momento en el que me sintiese con la capacidad de poder poner en letras lo que esos dos encuentros significaron en mi vida. Muchas cosas han cambiado, empezando por no sentirme la misma. Me atraviesan y duelen varias ausencias, me he dado cuenta de que algunas utopías son más necesarias que otras y pese a eso, sé que es importante intentar comunicar algunas reflexiones y cuestionamientos que fueron surgiendo cuando realicé las entrevistas y ahora, que - sintiendo otras indignaciones y movimientos- la artesanía va consolidándose más y más en un gestor de emociones.

Desde niña he aprendido y practicado varios tipos de artesanía. Pinté cerámica, elaboré por años aretes en alambre, crin, semillas y piedras, bordé con hilos y cintas, experimenté con macramé y *witral*; sin embargo; puedo decir que fue cuando me dediqué enteramente al *mullo* que fui entendiendo que tejía mi historia, que conseguía darle un sentido único a lo que iba sintiendo a través de esos tejidos. Empecé a tomar mayor consciencia de que en lo que creaba, me creaba también, me transformaba. Entonces, de aquí en adelante, cuando hable de mi experiencia como tejedora, será haciendo referencia a ese material que me ha permitido un mayor grado de reflexión, pues exige de mí, mayor concentración y paciencia.

Y pese a que en estos muchos años, escuchar las narrativas de las artesanas es lo que más me ha fascinado de la actividad -ya sea en cursos, ruedas de conversa, talleres, ferias, entrevistas o en tiendas en las que se comercializan *mullos*-, no las veo como fuentes de información, como algo que quiero simplemente indagar. Quiero y siento más bien, la necesidad de saber entender a la luz de esos relatos, qué es lo que me atraviesa y constituye cuando me reconozco como tejedora. Qué es lo que compartimos, lo que me hermana a ellas -pues eso es lo que siento-, nuestras experiencias. Entendiendo a la experiencia como “aquello que “nos pasa”, lo que nos toca, o acontece, y al pasar por nosotros nos forma y nos transforma” (LARROSA-BONDÍA, 2002).

He dedicado muchas horas de mi vida a tejer. La mayoría de las veces lo he hecho sola, sin embargo, he tenido también la oportunidad de ir creando vínculos a través de la elaboración de artesanía. Ya sea en calidad de alumna o instructora, como cliente, vendedora o investigadora; tejer me ha ido permitiendo sentirme parte de una

comunidad, principalmente en la ciudad de Cuenca, que es en dónde nací. Y aunque en todos esos encuentros, he podido reflexionar mucho, describiré brevemente a continuación, los muchos pensamientos que se han originado en mi introspección.

Me he dado cuenta, por ejemplo, de que tejo cuando estoy triste y desanimada. Siento la necesidad de hacerlo, aunque estoy consciente de que ese quizás no es un momento de tanta lucidez como yo quisiera. Tengo rituales que me acompañan: empiezo buscando un diseño que visualmente me haga sentir cómoda. Los colores no los elijo en gama, me baso en los que en ese momento me son más llamativos. Ordeno el lugar -sentido y pensado como espacio que será ocupado sólo para esa actividad-. Coloco entonces los *mullos* en el orden que quiero que aparezcan y también, todos los materiales -tijeras, hilo, agujas y encendedor-. Una vez que me siento y me acomodo en el lugar, no quiero tener que pararme en mucho tiempo. Miro varias veces el patrón del diseño, lo voy estudiando y entendiendo. Hago algún estiramiento de cuello y hombros, respiro profundo y empiezo.

Al tejer, puedo escuchar mi voz. Mi mente narra lo que siento y se sincroniza con mis manos. Ellas son capaces de ir escribiendo con un lápiz invisible lo que estoy viviendo en ese instante. Los colores que en un inicio no tenían relación, van apareciendo en combinaciones perfectas. Con el inicio del tejido, tengo la oportunidad de acomodar y ver lo que estoy sintiendo, hasta que me familiarizo con ello y lo acepto. Los *mullos* se acomodan y con ellos, empiezo a percibir qué es lo que me está comunicando esa tristeza.

La aguja empieza a moverse de una manera más ágil, el hilo fluye rápidamente. Me gusta lo que estoy viendo. Me tejo, me cruzo, me transformo en algo bello. Entiendo a la tristeza como un motor, un sentimiento capaz de producir cosas hermosas. Me alejo de las recomendaciones estereotipadas de evitarla. La acepto y la abrazo. Y aunque estoy muy cansada, siento que cada minuto ha valido la pena. No sé explicar exactamente en qué momento las sensaciones van cambiando. El mejunje de emociones que me atravesaban no está más. La trama se ha vuelto liviana, ordenada y me maravilla. Honro la capacidad de poder gestionar mis emociones y me siento orgullosa por haber terminado.

Pero debo reconocer que hay veces que gestionar mis sentimientos no es tan

simple, principalmente cuando la tristeza se acompaña de sentimientos de rabia e injusticia. El hilo se enreda, estoy distraída, el patrón se me hace imposible de descifrar pese a ser repetitivo. Tiendo a equivocarme. Y es ahí cuando necesito ejercitar mucho la voluntad y paciencia. Debo corregir los errores, desenredar, no es una opción elegir la solución rápida -cortar todo el tejido-. Necesito aprender lo que me dicen esas emociones. Pauso todo, respiro, me estiro, descanso un poco y empiezo de nuevo. Deshacer, enmendar y retomar, me deja una sensación de una segunda oportunidad. Me gusta sentir que puedo con cualquier error, que nada es tan radical e imposible. Que, si elegí comunicarme con este tipo de lenguaje, me gustaría hacerlo bien, pese a que entiendo que al ser esta una actividad humana, podría omitir algunas cosas, que puedo equivocarme. Me gusta pensar que esta actividad ocupa mi atención plena.

Tejer para mí, está repleto de pequeños actos metafóricos que me hacen bien, que me ayudan a comunicarme de una manera muy bonita. Y así como voy reconociendo mis emociones y acompañando su evolución durante todo el proceso, estoy consciente de que quiero también ponerle un punto final a esos sentimientos cuando finalizo un tejido. No luzco, por ejemplo, esos collares que tejo pues siento que estaría nuevamente colocando esas emociones sobre mí. Prefiero despedirme y desprenderme. Pienso que en esos actos que acabé de relatar, radica la belleza de conocerme afectivamente a través del tejido: en manifestarme a través de colores y formas, en aprender a narrar de una forma diferente cada sensación que me atraviesa, pero también, en saber que hay emociones pasadas que es mejor contemplarlas desde lejos. En darle un significado a esos sentires que nacen en actividades que me apasionan y que se han vuelto parte de lo cotidiano.

Estos sentimientos que acabo de narrar me llenan de inquietudes y curiosidades, pero estas no se centran en mí simplemente. Quiero conocer también lo que sienten mis hermanas tejedoras. Qué pasa por sus mentes y corazones. Qué les mueve y qué silencios se han ido tejiendo. Me gusta imaginar las redes que nos conectan como kilómetros de *mullos* acomodados a través de un solo hilo, que contiene el material que ya ha pasado por nuestras manos. ¿Qué forma le daríamos a ese hilo si tuviéramos la oportunidad de manejarlo? A veces me gustaría hacer un mapa de los lugares en los que se encuentran mis collares y cuando lo pienso, me gusta imaginar esa interacción con

muchas otras tejedoras. Reflexiono sobre cuánto han viajado esos tejidos y cómo han sido acogidos. Y es movida a través de esa sensación de afecto y curiosidad, que presentaré en el siguiente apartado a mis tan admiradas entrevistadas.

4. PASANDO LA TRAMA: metodología

He relatado hasta ahora cómo el tejido en *mullo* me ha permitido ejercitar una escucha sensible conmigo misma. Voy practicando e intentando que cada vez sea más profunda. Sin embargo, estoy consciente de que escuchar a otra persona con toda la atención y sensibilidad posible, aún se constituye un desafío. Muchos sentires y pensamientos me distraen y hacen que me sienta absorta en otras sensaciones. Fue por eso que decidí -conjuntamente con mi orientadora- concentrarme y enfocar mi atención en dos mujeres a las que admiro y con las que tenía la certeza de que aprendería mucho.

Las elegí intencionalmente. Conociendo sus historias -aunque brevemente-. Sabiendo de antemano que escucharlas sería un placer y que el momento que compartiríamos sería muy agradable, pues nos une el cariño a una misma actividad que nos atraviesa en otros ámbitos. Planifiqué dos entrevistas -una reflexiva y una de una sola vía, pues mi estadía en Ecuador fue muy corta- a través de un guion que casi no conseguí respetar pues mi curiosidad iba sacando temas que no estaban pautados.

Aunque uno de mis objetivos fue escuchar sus experiencias y a través de ellas, entender las mías; también quise ir ampliando mi mirada sobre el tejido pensado como actividad remunerada. No expondré sus nombres y para referirme a ellas, utilizaré la letra A y B, de acuerdo a la fecha en la que fueron entrevistadas.

Conocí a la señora A hace algunos años, ella pertenece al Pueblo indígena Saraguro aunque buscó mejor suerte en Cuenca, mi ciudad. Yo le compraba *mullo* desde hace mucho tiempo y aprovechaba siempre para conversar sobre los tejidos que ella, de una manera bastante cuidadosa, iba exhibiendo en sus vitrinas. La habilidad de la señora A es indescriptible. Es muy buena en lo que hace y consigue replicar cualquier diseño que se proponga. Le pone mucho empeño y cariño a cada obra. Cada vez que podía, conversábamos sobre los nuevos diseños y sobre su cultura, entonces sentí que podría de alguna manera, ordenar un poco las curiosidades -que ella a través de ese tiempo

despertó- en preguntas. Ella fue la primera persona que se me pasó por la mente cuando quise ejercitar esas entrevistas piloto.

Conocí a través de las redes sociales a la señora B. Ella es activista por la defensa del agua y del territorio y su nombre cada vez aparecía con más frecuencia y fuerza en la época en la que ya había iniciado mi doctorado. Escuché sus propuestas, pero me enganché totalmente a la idea de querer entrevistarla, cuando noté que el proyecto a través del cual proponía esa defensa, tenía que ver con tejido en *mullo*. Esperé ansiosamente poder coincidir con ella, pues su agenda estaba repleta de actividades y mi tiempo en Ecuador era muy corto. Admiro muchísimo a la señora B y encontrarme con ella fue todo un desafío pues quería saber muchas cosas sobre ella, teniendo cuenta de antemano que serían complicadas pues no había un lazo que nos uniera antes y tendría que intentar ser lo más concreta posible.

Así, con este relato de cuño cualitativo, narro también mi historia e intento tender puentes con las de mis hermanas tejedoras, que me permitan reflexionar sobre varios cuestionamientos que han ido surgiendo en mí estos años.

5. LOS HILOS QUE ME ENREDAN: resultados y discusión

Estuve muy emocionada con esos encuentros y pensé que pude cumplir con el objetivo de escuchar con más atención y sensibilidad a mis dos entrevistadas, pero fue recién al momento de transcribir y leer una y otra vez cada línea, que conseguí procesar un poco lo que había surgido en esas conversaciones. Tuve que conversarlo seriamente con mi orientadora, pues un montón de sensaciones estaban siendo nuevas. Sentí que soy capaz de entender mejor los sentimientos que comparto con esas dos mujeres. Y, aunque son muchas las ideas que podría citar en este artículo, decidí resaltar y compartir aquellas que me causaron incomodidad, tristeza y que, a través de varios cuestionamientos, no sólo me permitieron entender con mayor sensibilidad lo que me era relatado, sino también, reavivar recuerdos que sin querer mantuve apagados. Tuve además la oportunidad de reflexionar sobre algunas actitudes que replicaba sin tener la consciencia plena que tengo ahora.

Escuchando a la señora A entendí cómo es necesario salir del lugar en el que estamos cuando este no nos ofrece condiciones que nos permitan vivir dignamente. Las ciudades nuevas pueden llegar a ser asustadoras cuando lo que se busca es sobrevivir. Los desafíos diarios son inmensos y pesa mucho el tener que dejar atrás lo que nos es amado y conocido. Sin embargo y con mucho esfuerzo, ese se constituye también un espacio de nuevas oportunidades y comienzos, en los que el ejercicio de mirar cómo las puertas se nos abren y cierran, nos van fortaleciendo y nos permite reinventarnos. Pude identificarme en varias de sus palabras.

Y aunque yo me encontré brevemente en lo que ella me relataba sobre su travesía y los retos que significaban comenzar de cero, hubo un relato que me sacudió bastante pues parecía estar contando mi historia: las actitudes machistas de su compañero cuando ella iba perfeccionando las técnicas y con ello, abriéndose un nuevo camino a través del tejido en *mullo*. Tejer no era una actividad que mereciera respeto a los ojos de su pareja. Tanto así, que estaba acompañada de otras actividades domésticas que de alguna manera “completan” esos horarios y roles que fueron pensados para ella. Cuando comenzó a tener más pedidos, a abrirse espacios y a ser reconocida, se despertaron celos en su compañero hasta el punto de ser acusada de infidelidades inexistentes. La atención no podía ser compartida.

Recordé con mucha tristeza -y rabia, hasta cierto punto- cómo ese proceso lo viví también y es más común de lo que desearía aceptar -en mayor o menor magnitud-. Pertencí por varios meses a un círculo de tejedoras en *mullo* -de mujeres con edades que iban desde los 18 hasta 60 años aproximadamente- y a veces en tono de broma y otras de tristeza, aparecía ese supuesto desplazamiento que manifestaban sentir nuestras parejas cuando pensaban que estaban siendo reemplazadas y desatendidas. Algunas compañeras relataban sus historias y las demás respondíamos afirmativamente, comentando que algo parecido nos había sucedido. Entendí así que, en un mundo pensado para hombres, nuestras pasiones son cuestionadas, tergiversadas y minimizadas si no cuentan con su aprobación.

Pese a toda la incomodidad que ello representó, la señora A continuó tejiendo y mejorando sus técnicas, optimizando la situación económica familiar y entendiendo que esa actividad le permitiría estar más tranquila en varios aspectos. Su marido tuvo que

comprender e incluso, aprender a tejer para apoyarle, pues los pedidos eran muchos y ella sola no daba abasto. Él llegó a percibir que tejer es una actividad que requiere de dedicación y concentración, traducidas en tiempo. Le tocó aprender a valorar más lo que ella hacía, sin embargo, ese “final feliz” no es muy común en el resto de nuestras historias.

La señora A piensa que el tejido en *mullo* no sólo le permite tener mayor independencia, también le ayuda a valorar y mantener su cultura viva, a resistir; pues en Saraguro -su pueblo- este es uno de los tipos de artesanía que más se comercializa y es enseñado y aprendido generación tras generación, como parte de sus costumbres. Le gustaría mucho que sus hijos mantengan esa tradición. Y yo recapacitaba mucho en este relato también, pues pese a que no aprendí a tejer dentro de una tradición similar, siento que ese conocimiento viajó a través de muchas mujeres para encontrarme, para enseñarme a comunicar lo que pienso y para movilizarme a través de él. Para tejer redes que me permitan vivir colectivamente a través de ese proceso que ha sido y es tan importante en mi vida.

La señora B también es indígena, pertenece a una comunidad que se encuentra en conflicto y amenazada por la presencia de un proyecto minero de mediana escala. Ella es defensora del territorio, páramos y del agua; y ha encontrado en la artesanía en *mullo* una manera de expresar que existen alternativas a esa explotación minera -de respirar resistencia y autonomía-. Y cuando me empapé más del proyecto y pude escucharla, sentí una emoción indescriptible pues llevo años tejiendo una relación entre ese tipo de artesanía y la Educación Ambiental. Me sentí muy representada y contemplada en varios aspectos.

Cuando le pedí que me comente sobre su vida, empezó diciéndome que ha luchado por muchos años ante varias situaciones machistas y que incluso, siente que ella nunca tuvo niñez, pues asumió el rol de madre -de sus hermanos menores- desde que fue muy pequeña. Trabajó desde temprana edad. Y fue en el siguiente relato, que yo sentí que los hilos que tejen nuestras historias eran mucho más fuertes de lo que podía imaginar: cuando fue pequeña sufrió varios abusos, por lo que hablar de esa etapa le producía melancolía. Y pienso que no es necesario hablar de los tipos de abusos o en qué magnitud comparto la misma experiencia, para entender cómo fue de fuerte para

mí, encontrarme en esa narrativa. Y vuelvo a pensar en esos círculos de tejedoras y en los muchos episodios de violencia que fueron relatados.

Conversar con la señora B me recordó esa sensación de impotencia y tristeza que sentía al escuchar los relatos de mis compañeras, pero también, el conflicto que tuve que atravesar para poder narrar mis historias. Y escribo justamente estas líneas para evitar olvidar lo que me hermana a estas mujeres -por más doloroso que sea recordar-. Pienso también que fue a través de esas experiencias que causaban dolor que pude descubrir y sentir lo qué es sororidad. Entendí que es a través de la artesanía que empezamos a intentar sanar traumas que nos acompañarán y marcarán de maneras diversas, y por mucho tiempo.

La señora B aprendió a tejer desde muy pequeña en palillos, por curiosidad y de una manera autodidacta. Miraba como su mamá tejía y aunque por su edad no le era permitido experimentar con hilos nuevos -pues le decían que ella dañaría todo- ella destejía sus chompas, las abría y de allí sacaba el material para experimentar. Se aventuró al tejido en *mullo* a través de tutoriales que encontró en Internet y a través de fotos, encontrando que el proceso era fácil pues ya estaba acostumbrada. A ella le gusta aprender sola y poder descifrar los diseños es lo que más le encanta. Está enamorada de la actividad, es un sueño para ella, le fascina. Y yo entiendo mucho ese sentimiento. No existe una emoción más fuerte para mí, que comunicarme a través del tejido en *mullos*, las palabras me quedan cortas, yo también quisiera dedicarme a esto para siempre -sabiendo que “siempre” es mucho tiempo-.

Para la señora B, el acto de tejer representa organización y familia, una forma de mantener la cultura, de recuperar saberes ancestrales, de cuidar el ambiente, pues lo asocia a diferentes tipos de prácticas artesanales. Ella sueña con un ser humano que esté más relacionado con la naturaleza, el campo, con el agua, con los páramos. Con un ser humano que no sea machista y que sea capaz de respetar a todos los seres vivos. Y yo pienso que estos ideales surgen cuando se asocian justamente dos pasiones como el tejido y la lucha por el ambiente. Fue, por ejemplo, en el momento en el que conseguí hacer esa conexión, que entendí y planteé a la artesanía en *mullo* como un proceso educativo ambiental -que es el tema central de mi tesis de doctorado-.

Escucharle a la señora B me hizo pensar en cómo es necesaria una Educación Ambiental -a partir de ahora EA- pensada, sentida y practicada como acción transformadora. Cómo y cuánto es relevante cuestionar lo que nos ha sido enseñado a través de los años bajo el nombre de “cuidado ambiental”, pero también, entender que no sólo se trata de una práctica ligada a los residuos y su manejo -como comúnmente es vista-; tiene mucho que ver con el cuidado de la cultura y la memoria, que se ve reflejada en las conversaciones que tuve con mis entrevistadas. Siento a la EA como ese “camino de sensibilidad y reflexión en busca del amor”, que permita un tipo de responsabilidad afectiva con las otras personas, con nosotras mismas y un Todo (BRANDÃO, 2005, p. 48, traducción propia).

Después de lo expuesto, pienso entonces que lo que permite sentir al acto de tejer como sanador, es el entendimiento de las emociones que lo atraviesan. Es una oportunidad de autoconocerse al mismo tiempo que reconocemos esa capacidad de crear -muchas veces a través del dolor- obras bellas. Y llega a ser un momento que en verdad encanta y apasiona pues es sólo nuestro. Entender más y mejor lo que pasa por nuestra mente, a través de la escritura en hilos y *mullos* que nuestras manos van creando, convierte al proceso en algo metafórico y hermoso. Podría incluso pensar y me atrevo a manifestarlo aquí, que tejer es un sentimiento.

Y aunque yo me sienta muy identificada con las historias de las mujeres a las que entrevisté, con las que compartí el círculo de tejedoras e incluso, con los relatos de las autoras que he traído como referencias bibliográficas -y las historias de más mujeres que pueden encontrarse en sus textos-, hay algo que me he venido cuestionando últimamente a través del ejercicio de criticidad que me ha regalado la EA: mis privilegios.

Mi color de piel me ha permitido viajar y estudiar en varios países, ser aceptada en muchos aspectos de mi vida. No ser discriminada y a medida de lo que ser mujer me permite, tener algunas seguridades laborales y académicas en general. Eso marca una brecha gigante entre las dos mujeres que mencioné y yo, pues si bien, hemos sufrido situaciones similares algunas veces, en mi caso, estas no han sido empeoradas por un racismo estructural como el que ellas viven; en un país como Ecuador, que pese a que constitucionalmente manifiesta una cosa -plurinacionalidad, pluriculturalidad y

multietnicidad- en el día a día, somete a los pueblos indígenas a situaciones de precariedad y discriminación.

Cada privilegio que me fue otorgado desde niña, se ha visto reflejado en las opciones que me han sido presentadas. Mis elecciones han sido marcadas también por esas ventajas, hasta el punto de hoy encontrarme hablando de una temática que me apasiona por practicarla, sabiendo, sin embargo, que tengo un título académico que me respalda en una sociedad que a veces valora más el diploma que el conocimiento como tal. Mis entrevistadas no tuvieron esa oportunidad. Algunas tejedoras en *mullo* con las que he conversado incluso, desearían por un momento dejar esa actividad que llega a ser muy sacrificada -en un ambiente en el que los tejidos son desvalorizados por pertenecer a los pueblos indígenas, como ejemplo y en mi caso-, para dedicarse a otra cosa, pero no tienen esa oportunidad.

Cuando conversaba con la señora A, ella me manifestó que le gusta mucho cómo las mujeres extranjeras lucen los collares y las blusas tradicionales de su pueblo. Y desarrollando más ese tema, me dijo también que cuando ella intenta vestirse con un jean y una blusa acompañada de un collar, las personas le critican pese a que está representando a su cultura. Y en tono de broma, me contó que ella piensa que es por el color de su piel que no puede hacerlo, que “no le queda”. En ese momento no tuve palabras para comentarle lo que sentía. Y pienso que tampoco ahora podría hacerlo como quisiera. Pero intentando expresar lo que ese relato me generó, puedo decir que me parece muy doloroso el racismo que está asociado a la artesanía indígena y que quizás es una de las temáticas que más indignación me ha despertado cuando lo he constatado. Me pregunto entonces desde cuánto tiempo vestir la cultura de un pueblo indígena también está siendo visto desde el privilegio que nos otorga un color de piel.

Y cuando me pongo a pensar en que, por ejemplo, mis tejidos son bastante valorados por las personas que me rodean o van conociéndome en el camino, recuerdo las muchas veces que me he encontrado con mujeres que comercializan sus obras en la calle -con todos los peligros que eso representan-, que tienen que escuchar los discursos de clientes que lo único que quieren es seguir reduciendo el valor que de por sí, ya es bajo. Que tejen al por mayor y entregan esos trabajos a galerías que ganarán el doble y

hasta el triple de dinero, por el hecho de representar un estatus alejado de quién produce esos tejidos.

Y es cuando pienso con mucha tristeza e indignación las situaciones que viven muchas mujeres, que siento que es necesario realizar ese ejercicio de criticidad. Pensar en esas intersecciones que nos colocan en ventaja o desventaja. Es un inicio y yo entiendo que estoy bastante lejos del lugar en el que quisiera estar -que tendrá que pasar mucho más tiempo para alcanzar el nivel de criticidad que quisiera- pero pienso, siento y defiendo, que la academia es también un lugar que necesita ser atravesado por este tipo de espacios de discusión.

Necesitamos comenzar a hablar sobre temas que nos apasionan, que son cotidianos, pero también, necesitamos que esas discusiones vengan en un lenguaje que llegue efectivamente a más personas. No simplemente enfocado y encerrado en conceptos -que, dicho sea de paso, considero como inacabados-. Pienso que es urgente que los debates y propuestas puedan ser socializados en las comunidades. Que puedan crear puentes a través de la empatía. Que no sólo las personas se identifiquen con un texto, sino que se motiven y proyecten también a contar en algún momento sus historias, que sientan que hay un espacio para compartirlas.

Necesitamos también la guía de las personas que creen en nuestras capacidades y trabajo. Investigaciones como estas no serían posibles sin el apoyo de orientadoras amorosas, colegas que están dispuestas a escuchar cada una de las ideas que nacen, pero principalmente, que nos ayudan a descifrar el enmarañado de sentimientos que van surgiendo cuando las desigualdades se van haciendo cada vez más obvias.

En la época en la que realicé esas entrevistas, una pandemia como la que aun intentamos superar, estaba lejos de ser tomada como posible. Las interacciones eran diferentes. Pude transmitir a través de abrazos y afecto, un poquito de la admiración que me despertaron esas conversaciones, pese a no poder expresar con palabras cuánto me dolía saber que muchas situaciones tristes nos unían. Pero ahora -y sin profundizar mucho en el tema pues entro en un estado de melancolía- pienso en cómo y cuánto la Covid-19 complicó aún más la situación laboral de esas mujeres -por mencionar un aspecto-. Mi país adoptó medidas -que recientemente están siendo reconsideradas- a

través de las cuales, las fronteras locales estaban cerradas para actividades como el turismo.

Regresé a Ecuador en medio de la pandemia y quise contactarme con esas dos compañeras, saber cómo estaban. Me enteré así que la señora A tuvo que abandonar el país y migrar a Estados Unidos en busca de mejorar su situación que cada vez se complicada en el país. La cantidad de sentimientos que me atravesaron es indescriptible. Pensé en las dificultades que ella me había mencionado cuando recordaba la transición de un lugar pequeño como Saraguro hacia una ciudad como Cuenca. Pensaba en las muchas dificultades que tendría que atravesar esta vez, no sólo por una cuestión de idioma -que ella quería aprender para comunicarse mejor con sus clientes extranjeros-, sino también las condiciones que atraviesan los migrantes -más aún si son mujeres- para llegar a países como el que ella había considerado una oportunidad.

Muchas personas ecuatorianas tenemos familiares en Estados Unidos, Italia o España, producto de una ola migratoria en el año 2000. Y esta vez, por causa de la Covid-19, estamos reviviendo la tristeza que eso representa en nuestros hogares. La travesía se la realiza mayoritariamente de manera ilegal y mi provincia, Azuay, es una de las más afectadas. La palabra “migrante” para las personas ecuatorianas tiene una connotación de angustia, peligro y dolor. Pensaba entonces en la señora A y todos los peligros que había tenido que vivir para poder llegar a su destino. Pensaba que ella tomó una decisión tan arriesgada pues el país ya no le permitía vivir con dignidad. Un sentimiento de melancolía me acompaña cuando pienso en ella, pese a que -como nos conocemos desde hace tiempo- me he contactado con ella y me ha dicho que está bien, que no tuvo de otra, pero que acepta el desafío que esto le representa.

Y vuelvo una vez más al hecho de que mi formación académica me ha permitido mantenerme con una beca en Brasil y que si bien, no he salido inmune a los dolores que ha provocado esta pandemia, la estabilidad laboral es una gran ventaja al momento de afrontar situaciones de tristeza, estrés y angustia como las provocadas por la incerteza de lo que nos deparaba el día a día. Estudiar también llega a ser un privilegio cuando no todas las personas pueden acceder a esas oportunidades. Cuando no todas pueden crear vínculos lo suficientemente fuertes como para mantenerse en un país extraño.

Quise también saber cómo estaba la señora B. La contacté varias veces, conversamos e incluso, quedamos en encontrarnos en un taller que yo dictaría para ella y sus compañeras, en el marco de colaboraciones con el proyecto del que ella forma parte. Ninguna fecha podía confirmarse con antelación. Era una cuestión del día a día, pues la situación en Ecuador era bastante inestable, no sólo debido a la pandemia sino también a una temporada de lluvias que bloqueó las carreteras de acceso de varias provincias y que me impidió, por ejemplo, entrar en varias ocasiones a su comunidad. Pese a todos esos problemas e imprevistos, quería mucho compartir con esas mujeres, “con todos los cuidados posibles”, nos repetíamos las personas que estábamos a cargo de que ese taller se lleve a cabo. Sin embargo, dentro del grupo de personas que organizaban el encuentro, alguien dio positivo al virus y entraron en un periodo de cuarentena indefinido.

Yo esperaba pacientemente, pues sabía que el hecho de pensar en brindar un taller ya estaba siendo algo excepcional en una temporada como la que atravesábamos. Mi seguridad y la de las compañeras valía cada fecha que tenía que ser remarcada. Pero una tragedia involucró a la asociación, de manera directa a la señora B: su tío fue asesinado en la zona de conflicto que ella, su familia y personas vecinas, defienden. Los sentimientos de alarma e indignación enlutaron a la comunidad y el taller fue cancelado.

Pensaba entonces en la señora B, en los episodios de violencia a los que se enfrenta a diario por defender el territorio, el agua y los páramos. En cómo es de triste que ella y las personas que le son queridas no tengan momentos de paz. La zona fue declarada de conflicto y las amenazas a su vida son recurrentes. Ella antes me había comentado que por la cuarentena tuvo que ir a Cuenca que era la ciudad más cercana, pues quedarse en la comunidad resultaba peligroso. Y para mí es tan desesperante pensar cómo los episodios de violencia ambiental nunca pararon. Enfrentamos una crisis en la que la necesidad de pensar colectivamente se manifestó de una manera gritante y, sin embargo, fueron esos momentos en los que en las noticias podíamos acompañar episodios de desalojo, de violencia, de incompreensión o como en el caso de la comunidad de la señora B, asesinatos que, por el anonimato, no podrán resolverse - pese a que para las personas defensoras sea evidente quiénes fueron los culpables-.

Y son esos los hilos que me enredan, los que me incomodan, los que no me dejan estar tranquila pues quisiera ponerlos en orden y no me resulta simple. Sé que en el acto de tejer existen procesos de cura, de unión y colectividad, un potencial muy grande y transformador que busca mejorar las realidades. Sin embargo, estoy consciente de que pertenecemos a un sistema de demasiada desigualdad que hace que a veces no exista la posibilidad de que las tejedoras se reúnan en círculos y compartan sus vivencias -por poner un ejemplo pequeño-.

Son esas las discusiones que mantengo con mi compañera de investigación, mi amiga, pues estoy consciente de la importancia que implica ser escuchada y entendida también por una educadora ambiental que cree en una EA emancipadora y transformadora. Aunamos nuestras voces cuando pensamos en las situaciones que son atravesadas por la artesanía -principalmente la indígena- y que muchas veces es simplificada como mercancía.

La opresión resultante de la dominación cultural, social y política, tiene como base en las sociedades modernas tres factores: el colonialismo, capitalismo y el patriarcado; todos ellos muy visibles en cuestiones como las que acabo de abordar (DE SOUSA SANTOS, 2020). Mientras estemos en riesgo de cualquier índole, mientras nuestras parejas se sientan amenazadas por no cumplir con lo que tienen planeado para nosotras, mientras seamos vistas como meros objetos en una sociedad tan patriarcal y capitalista; mientras sigamos valorando las obras desde un punto de vista colonial -en el que los pueblos indígenas y sus saberes son estigmatizados y discriminados-, el nivel de opresión al que estaremos sometidas, será compartido pero en diferentes magnitudes -de acuerdo al nivel de privilegios al que accedemos-.

Y siguiendo esa misma línea, encontramos en el poder colectivo que otorgan las redes y círculos de tejidos, una esperanza de lucha simultánea -anticolonial, anticapitalista y antipatriarcal-, sin divisiones que descuiden o ignoren alguno de los factores que nos oprimen, buscando esa resistencia contra la dominación moderna (DE SOUSA SANTOS, 2020).

Conclusiones finales

Las temáticas abordadas aparecen de esa manera mientras tejo. No existe un orden. Incluso, pensando a veces desde los vestigios de una ciencia veterinaria, no tendrían mucha lógica. Pero desde que empecé a entender lo que siento, también puedo pensar en estos cuestionamientos que me distancian mucho de las mujeres que, como yo, nos comunicamos a través de algún tipo de tejido. Los sentimientos que más me acompañan cuando pienso en las situaciones que atraviesan mis hermanas de tejido son la indignación y la rabia -pese a que en esta época he tenido que tejer sola-.

Cuando tejo también manifiesto mi postura política, mis ideales, voy caminando hacia esas utopías -pensando en cuán necesario es esto, como lo manifestaba (GALEANO, 2001)-. Voy tejiendo revoluciones. Hay días en los que la esperanza es casi nula. Pienso con desespero en cómo está de corrompido el sistema. Otros -y recordando mis tan queridos círculos de tejido-, pienso que la solución se encuentra en ciencias como la Educación Ambiental que despiertan la mirada crítica y que, de alguna manera, obligan a diseñar también escenarios en la que la transformación de la sociedad sea posible. Es justo en esos momentos que el apoyo de una compañera y orientadora como la que tengo, ha sido crucial para ir entendiendo los desafíos que se presentan, pero, además, para ir ampliando y entendiendo con más profundidad la sororidad.

Ir descubriendo los privilegios que me han acompañado a lo largo de estos años no fue una tarea fácil -no lo es-. Tengo aún mucho que procesar, a veces mi pierdo en el silencio que me provoca afrontar esa realidad. Intento de alguna manera también, que esto me motive y que se transforme en una forma de cuestionar y analizar ese orden económico, cultural, racial y social del que hago parte -principalmente en cada espacio que habito- y que sólo ha generado desigualdad. Busco inspiración para que la denuncia se transforme en una acción colectiva -materializada en proyectos con mujeres tejedoras en *mullo*-.

Y pensando en que “las mujeres que tejían o bordaban fueron tomando la palabra y contando su historia textualmente o textilmente” (MACHADO, 2003, p. 192), y, considerando que si bien el resultado no es un textil pero sí una obra que -como he intentado explicar- comunica también sensaciones y emociones; pienso y defiendo que los círculos de tejido son muy importantes. Las historias que se comparten en esos espacios han permitido ejercicios de sororidad, comprensión e incluso, redes de apoyo

terapéutico entre personas que nos entendemos más allá de las palabras. Guardo con mucho cariño en mi memoria, todos los procesos -que no fueron fáciles en un inicio- que me hicieron entender la importancia de prolongar esos hilos hacia las mujeres que nos acompañan.

Cuando tejo en grupo entiendo cada una de las denuncias -a manera de narraciones- que mis compañeras comparten. Entiendo incluso que el recurso que se utilice sea el humor, de esa manera parece que nada lastima, que el peligro no puede entrar en ese círculo. Me siento segura al confiar mis historias y los sentimientos que las atraviesan, pues son compartidos -más de una ha pasado por algo semejante-. Siento la empatía y sororidad que nos atraviesa. No hay juzgamientos. Abrazo lo que me ha tocado vivir y lo voy transformando en colores. Aprecio como todo se va transformando. Incluso mi voz -que en las primeras ocasiones era temblorosa- va fortaleciéndose. Ya no tiemblo -ni bailan lágrimas en mis ojos-. Cuento cuál es mi historia y deseo profundamente que no se repita en ninguna mujer más. Recibo con mucho cariño las sonrisas -que abrazan el alma- cuando acabo de relatarla.

Muchas narrativas surgen en esos encuentros y sus registros -hermosos tejidos- no siempre logran transmitirlos a las personas que no han aprendido ese lenguaje -sin que por eso pierdan su característica de “maravillosos”-. Sin embargo, las emociones que se comunican en cada puntada, abrazan a las personas de una manera espectacular cuando los lucen. Esa es una de mis partes favoritas como tejedora: mirar cómo y cuánto las personas se gustan y se enamoran de ellas mismas cuando un tejido las encuentra. Es emocionante mirar desde afuera la transformación de su fisonomía, cómo se ilumina y resplandece. Pienso que, si podría poner un rostro al empoderamiento, sería definitivamente ese. Y me encanta pensar que lo que en un inicio era imperceptible -emociones y afectos- rodea también a las personas y lo sienten.

Y si bien a lo largo de este texto he comentado sobre diferentes aspectos que envuelven emociones y sentimientos, creo importante también mencionar que tejer en *mullo* es una actividad que requiere bastante sacrificio. El trabajo es duro. El cansancio se puede sentir a los minutos de haber empezado la tarea. Por ser un material bastante pequeño, los dolores de cabeza y espalda -producto del alto grado de concentración que se requiere para lograr buenos resultados- son bastante frecuentes. Sin embargo, cuando

se trata de colocar un precio, es común que este sea reducido. En países como Ecuador, incluso es un tipo de artesanía que no está muy bien valorado por los locales. Esto me ha hecho pensar en varias ocasiones quién le pone valor a la artesanía y qué es lo que realmente se está comercializando. A veces no se comprende que una parte de la persona que teje, se va en cada obra que produce y eso es muy frustrante.

Cuando me detengo un poco más en estos pensamientos, reflexiono sobre las muchas generaciones de tejedoras que me antecedieron, pues sin ellas los patrones que ahora tejo no existirían. Cuántos aciertos y errores llevaron a que las técnicas surjan. Cuántas horas se necesitaron para organizar cada *mullo* al punto de que encaje perfectamente en lo que deseaban comunicar. Ese ejercicio de imaginar, plasmar, intentar y repetir, me parece un proceso de metamorfosis fascinante. Y es en esa riqueza de detalles que radica una de las lecciones más importantes que me ha dejado el tejido: me voy conociendo mientras repito rutinariamente un patrón, pues voy acompañando mi evolución medida como habilidad, amor y obra. Vivo este proceso como si fuera un *mantra* y entrego un pedacito de mí cada vez que me despido de un tejido.

Intento además aportar siempre con algún tipo de innovación. Me gusta que las personas entre muchos tejidos, sepan cuál es mío, pues voy dejando también pequeños mensajes ocultos que increíblemente ya son reconocidos por quien me acompaña hace años. Voy jugando con algunos diseños, “poniendo mi toque” -como diríamos en Ecuador- y la intención de eso no es irrespetar de alguna manera las técnicas ancestrales, sino más bien, ir adaptándolas y pensándolas como metáforas -como la oportunidad de tomar decisiones propias-. Sé que muchas tejedoras tienen esa costumbre, es como el acento fuerte que se mantiene pese al esfuerzo de aprender un nuevo idioma. Como un tono de voz que hace que las personas sepan que llegamos a un lugar cuando saludamos.

Y cuando decidí escribir este artículo junto con mi orientadora, lo hice con la intención de contar lo que siento para no olvidar cuáles son las motivaciones que el tejer me produce. Si bien traje historias tristes -de injusticia, desigualdad y violencia, entre otras- reitero mi voluntad de tejer redes que se sustenten en la amorosidad y criticidad. Si tengo ahora el privilegio de escribir este artículo mientras termino un doctorado -acompañada de personas que respetan y valoran mi trabajo- quiero aprovecharla para

también abrir espacios de reflexión sobre situaciones que no siempre son consideradas. Escribo para compartir lo que mis tejidos hablan, con la esperanza de que alguien al leerme, quiera también compartir y escribir su historia -a través del lenguaje que más le guste-.

En este ejercicio de presentar mi experiencia de tejedora, he ido compartiendo mucho con colegas y amigas para las que la artesanía no tenía un potencial de transformación, ni representaba más que tradiciones heredadas generación tras generación. Me ha gustado mucho ese movimiento, pues varias mujeres estamos unidas pensando a esa actividad desde las diversas aristas que nuestros contextos permiten.

Uno nuevamente mi voz a la de mi compañera, para hacer una invitación un poco más formal. Para abrir la posibilidad de realizar un ejercicio de traducir y escribir las inquietudes que nacen cuando pensamos en nuestras pasiones y privilegios. Si bien el ejercicio es agotador, nos gusta pensar que, de alguna manera, relatos como los expuestos, ayudarán a que en varios lugares sigamos movilizándonos, sabiendo que en lo cotidiano existe un potencial de transformación que a veces olvidamos en nombre de pensar en soluciones más grandes y globales. Tejamos redes hasta que un día, nuestros hilos se encuentren y se crucen en una trama lo suficientemente fuerte como para aguantar los embates de una sociedad que nos quiere sumisas, calladas y devotas. Tejamos esa revolución.

Referencias bibliográficas

BELLO-TOCANCIPÁ, Andrea Carolina. Cuando las palabras faltan, las manos hablan: prácticas textiles en el conflicto armado colombiano. [s. l.], p. 90, 2018. Disponible em: <https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/39427/u821449.pdf?sequence=1>.

BRANDÃO, Carlos Rodrigues. **As flores de abril: Movimentos sociais e educação ambiental**. Campinas: Autores Associados, 2005. *E-book*. Disponible em: Acceso em: 28 ago. 2021.

DE SOUSA SANTOS, Boaventura. A Cruel Pedagogia do Vírus. [s. l.], p. 32, 2020.

GALEANO, Eduardo. **Las palabras andantes**. 5ta. ed. Buenos Aires: Catálogos S.R.L., 2001. *E-book*. Disponible em: <http://literacias.net/bibliodigital/index.php?page=13&id=121&db=>. Acceso em: 14 nov. 2021.

LARROSA-BONDÍA, Jorge. Notas sobre a experiência e o saber de experiência. **Revista Brasileira de Educação**, [s. l.], p. 20–28, 2002. Disponível em: <http://www.scielo.br/j/rbedu/a/Ycc5QDzZKcYVspCNspZVDxC/?lang=pt>. Acesso em: 20 jul. 2021.

MACHADO, Ana Maria. O Tao da teia: sobre textos e têxteis. **Estudos Avançados**, [s. l.], v. 17, n. 49, p. 173–196, 2003. Disponível em: http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0103-40142003000300011&lng=pt&tlng=pt. Acesso em: 23 out. 2021.

REYES-RAMÍREZ, Olga Lucía. **Movimientos de re-existencia de los niños indígenas en la ciudad : germinaciones en las Casas de Pensamiento Intercultural en Bogotá, Colombia**. 2018. 241 f. Doutorado - Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2018. Disponível em: <https://lume.ufrgs.br/handle/10183/174372>. Acesso em: 16 set. 2021.

RIVERA-GARCÍA, Mariana Xochiquétzal. Tejer y Resistir. Etnografías Audiovisuales y Narrativas Textiles. **Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas**, [s. l.], n. 27, p. 139–160, 2017. Disponível em: <https://www.redalyc.org/journal/4761/476152665007/html/>. Acesso em: 19 out. 2021.

SANTOS, Eva. Tejedoras, ¿artesanas o artistas?. [s. l.], 2008. Disponível em: https://www.academia.edu/23971394/Tejedoras_artesanas_o_artistas. Acesso em: 20 jul. 2021.